

Pero el configuracionismo es un concepto incompleto y desconcertante. Se funda en la psicología de la gestalt y transforma los problemas en postulados. Eleva los axiomas al rango de principios explicativos.¹⁴ Ante la necesidad de elegir entre las interpretaciones idealista y materialista, el estudioso de la conducta estética debe optar por necesidad por el configuracionismo antes que por las etapas arbitrarias del pensamiento evolucionista, pues en este último, la conducta estética pierde autonomía, y se vuelve tan sólo el reflejo mecánico de otros procesos.

En conclusión, los dominios del saber, la antropología y el arte antes que contradecirse notoriamente son complementarios entre sí, en la relación de los estudios de contenido y los estudios de calidad. Estos intereses en apariencia rivales a los que concierne la antigüedad americana nunca pasarán hambre por falta de materiales: el suministro parece inagotable y las gradaciones de calidad en cada clase difieren menos ampliamente que en la historia del arte europeo. Lo único que uno puede lamentar es que las leyes nacionalistas, las cuales regulan la excavación y exportación de antigüedades, sólo llevan a una explotación ilegal y a un costo inflacionario, que lo que sería el caso en una situación de “libre comercio”.

Antifascista prematuro

Bernard Knox



Éste es el texto de la conferencia que Bernard Knox (1914-2010) impartió en 1998, en el marco de la serie de Conferencias “Bill Susman”, en el Centro de España Juan Carlos I de la Universidad de Nueva York. Knox fue catedrático de Letras Clásicas en la Universidad de Yale (1947-1961) y fundador y director del Centro de Estudios Helenísticos (1962-1985) de Washington, D. C. Traducción de Antonio Saborit.

¹⁴ B. Petremann, *Gestalt Theory*, Londres, Routledge, 1932.

LA PRIMERA VEZ QUE OÍ LA CURIOSA frase que me sirve de título fue en 1946, recién salido del ejército de Estados Unidos, cuando me dirigía a New Heaven, Connecticut para entrevistarme con el director del Departamento de Letras Clásicas de la Universidad de Yale, al cual solicitaba —aprovechando las generosas oportunidades de lo que se conoció popularmente como GI Bill— mi admisión al programa de posgrado para obtener el título de doctor en Letras Clásicas. Ya había proporcionado una copia del certificado del título de licenciatura que en 1936 recibí del St. John's College en Cambridge. No mencioné el hecho de que al final de la carrera mi aprovechamiento había sido bastante mediocre, terminando con una nota baja; al menos, me consolaba, me fue mejor que Auden, quien terminó con una nota más baja, y que a Housman, que no aprobó. Para adornar un poco mi solicitud incluí mi hoja de servicios en el ejército de Estados Unidos: de cabo a capitán entre 1942 y 1945. El profesor, quien había servido en el ejército de Estados Unidos entre 1917 y 1918, mostró gran interés y señaló el hecho de que, además de las normales estrellas de guerra conseguidas por haber luchado en el escenario europeo, se me había concedido la Croix de Guerre a l'Ordre de l'Armée, la más alta categoría de tal condecoración. Cuando se me preguntó cómo la obtuve, expliqué que en julio de 1944 me lancé en paracaídas, en uniforme, detrás de las líneas de los Aliados en Bretaña con el fin de armar y organizar a las fuerzas de la resistencia francesa y tenerlas listas para entrar en acción en el momento más oportuno para el avance de aquéllos. “¿Por qué lo seleccionaron para esta operación?”, preguntó, y le dije que era uno de las pocas personas del ejército de Estados Unidos capaz de hablar un francés fluido, idiomático y (de ser preciso) brutalmente salaz. En el momento en el que me preguntó dónde lo había aprendido, le dije que en 1936 había luchado en el sector norponiente del frente de Madrid en el batallón francés de la Decimoprimera Brigada Internacional. “Ah”, comentó, “usted fue un antifascista prematuro”.

La expresión me desconcertó. ¿Cómo se podía ser un antifascista *prematuro*? ¿Era posible que existiera algo así como un antídoto prematuro para un veneno? ¿Un antiséptico prematuro? ¿Una antitoxina prematura? ¿Un anti-racista prematuro? Si no se era prematuro, ¿qué tipo de antifascista supuestamente se podía ser? ¿Un antifascista puntual? De hecho, en la década de 1930, conforme la situación europea avanzaba inexorablemente hacia la guerra, los gobiernos británico y francés (el francés con frecuencia bajo la presión del británico) dejaron pasar una y otra vez la ocasión oportuna de volverse antifascistas. No hicieron nada cuando Adolfo Hitler sacó a Alemania de la Liga

De hecho, en la década de 1930, conforme la situación europea avanzaba inexorablemente hacia la guerra, los gobiernos británico y francés (el francés con frecuencia bajo la presión del británico) dejaron pasar una y otra vez la ocasión oportuna de volverse antifascistas.

Mis maquisards franceses tenían una frase despectiva para los franceses que, en 1944, cuando los ejércitos aliados rompían el cerco de Normandía y avanzaban por Francia en pos de la Wehrmacht en retirada, trataron de sumarse por fin a la Resistencia: resistente de la dernière heure (antifascistas de último minuto) fue el epíteto de menosprecio que les dieron.

de las Naciones e inició un programa de rearme masivo (salvo que el gobierno británico negoció un tratado naval anglo-germano que facultó a Hitler para construir submarinos, los cuales estuvieron a punto de lograr la rendición británica por hambre al comienzo de la década de 1940). Nada se hizo cuando Hitler reocupó la Renania, demoliendo el amortiguador creado por el Tratado de Versalles, a fin de prevenir una invasión a Francia. Ambos gobiernos permitieron a Hitler y Mussolini avituallar a Franco con aviones, tanques, armas y tropas, a la vez que los franceses y británicos implementaron un llamado Pacto de No Intervención, que privó de suministros al gobierno republicano. Guardaron silencio cuando Mussolini conquistó Abisinia y Hitler se anexó Austria. Y en 1938 dejaron a su suerte, a cambio de la ridícula ilusión de la “Paz en Nuestro Tiempo”, al único Estado fuerte y democrático en la Europa del este que habría sido un freno a los programas de expansión de Hitler: la república de Checoslovaquia. No se les podría decir “antifascistas puntuales” a Chamberlain, Daladier y Laval. Le declararon la guerra a Hitler en 1939 al momento en que invadía Polonia, una declaración que no ayudó a los polacos, quienes estaban siendo aplastados por los ejércitos de Hitler por un lado y los de Stalin por el otro. ¿Qué tipo de antifascistas fueron ellos? Mis *maquisards* franceses tenían una frase despectiva para los franceses que, en 1944, cuando los ejércitos aliados rompían el cerco de Normandía y avanzaban por Francia en pos de la Wehrmacht en retirada, trataron de sumarse por fin a la Resistencia: *resistente de la dernière heure* (antifascistas de último minuto) fue el epíteto de menosprecio que les dieron. Es la descripción perfecta de Neville Chamberlain y Lord Halifax.

Pero en 1939, el último minuto ya era muy tarde. Muy tarde para salvar a millones que murieron en los campos de concentración; muy tarde para salvar a los soldados y marinos que murieron en las campañas en Rusia, Medio Oriente, el norte de África, Italia, Francia y Alemania, así como en Pearl Harbor, Midway, Guadalcanal, Peleliu, Okinawa y muchos otros lugares de los que nunca habían oído hablar los estadounidenses; muy tarde para salvar a los civiles que, como los pobladores de Guernica, murieron bajo las bombas en Rotterdam, Londres, Hamburgo, Berlín, Dresden e Hiroshima. Habría sido mejor ser prematuro.

“Nada de esto”, le dije desde luego al profesor. Callé y me aceptaron, así fue como retomé el estudio de esos antiguos autores a los que no toqué durante diez años, toda vez que, unos meses después de titularme en Cambridge en 1936, me fui a España. Lo que no me di cuenta (algo que sabía muy bien el profesor) era que “antifascista prematuro” era la expresión en

clave del FBI que significaba “comunista”. Era la etiqueta que se añadía a los expedientes de los estadounidenses que habían luchado en las brigadas cuando, tras Pearl Harbor (y algunos de ellos antes), se enlistaron en el ejército de Estados Unidos. Era la señal para asignarlos a unidades no destinadas al combate o a frentes inactivos y para negarles el merecido ascenso. No sólo lo merecieron; el ejército los necesitaba en puestos de responsabilidad, pues eran los únicos soldados con experiencia en la guerra contemporánea, a quienes habían bombardeado y baleado los modernos aviones alemanes e italianos, quienes se habían enfrentado a tanques alemanes e italianos y habían estado bajo el fuego de la artillería moderna, sobre todo bajo el de la ametralladora antiaérea de 88 mm de la *Luftwaffe* (que las tripulaciones alemanas encontraron tan criminalmente efectiva contra la infantería debido a su alta velocidad de salida). Más adelante la ametralladora fue la pesadilla de los infantes en el norte de África, Italia y Francia.

¿Qué fue lo que a mí, y a muchos más como yo en Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Canadá y Estados Unidos, nos hizo antifascistas prematuros? Sólo puedo hablar de mi propio caso pero es, creo yo, típico de gran parte de mis contemporáneos. Crecí, como muchos de mi generación, acosado por el espectro de lo que en Inglaterra se conoció como la Gran Guerra, la guerra de 1914-1918. Mis dos recuerdos más tempranos, de hecho, son vívidas imágenes de ese tiempo. En algún momento de 1917, con apenas tres años de edad, cruzo una calle a la que sólo iluminaban la luna y los haces de luz de los reflectores en busca de zepelines alemanes en lo alto, en los brazos de una enfermera canadiense que se hospedaba en nuestra casa en el sur de Londres. Detrás de ella viene mi madre, cargando a mi hermano y a mi hermana, mellizos recién nacidos. Nos dirigíamos a un refugio antibombas, un taller subterráneo de taxis que estaba del otro lado de la calle. Mi padre estaba en el ejército; se encontraba en la batalla dantesca de Passchendaele en Flandes: una ofensiva de invierno bajo condiciones climáticas brutales en la que se ganaron unas cuantas millas de terreno fangoso a cambio de 300 000 bajas. La segunda imagen es la de un rifle Lee-Enfield recargado contra la pared de la sala de nuestra casa, y junto a él una mochila caquí con un casco encima. Era el equipo de mi padre; estuvo en casa con un permiso por 24 horas antes de embarcarse hacia Italia, a donde habían enviado a su regimiento para enfrentar al ejército italiano tras su desastrosa derrota en Caporetto.

Mi padre, al igual que muchos veteranos de esa guerra, nunca habló de ella. Pero como la mayoría de mi generación, leí todos los libros que pude conseguir sobre ese tema: el clásico *Adiós a todo eso* de Robert Graves, *El fuego inolvidable* de Henri



Barbusse —que fue el modelo no reconocido del posterior *Sin novedad en el frente* de Remarque— así como a los poetas Wilfred Owen, Siegfried Sazón e Isaac Rosenberg. Todo lo que leíamos nos infundía horror a lo que parecía un delirante desperdicio de vidas y miedo de que, a pesar de la Liga de las Naciones, pudiera volver la guerra. La escuela secundaria a la que ingresé en 1926, el año que murió mi padre, confirmó mis temores. Como casi todas las escuelas de ese tipo, contaba con un cuerpo de cadetes: un programa de adiestramiento militar hecho para formar potenciales jóvenes oficiales para la siguiente guerra. Los viernes iba a la escuela de caqui: polainas, pantalones, una túnica con botones muy bien pulidos y la gorra del uniforme terminada en punta. Al concluir las clases matutinas salíamos al patio de la escuela y nos sometían a los rigores de la marcha, cargando rifles salidos de la Guerra de los Boers de comienzo del siglo. Pero la tarde del viernes sólo era el principio. También teníamos práctica de tiro en el cuartel del regimiento territorial con rifles y también con la Lewis, la ametralladora ligera del ejército británico de la Gran Guerra; asimismo, cada verano íbamos a un campo en la isla de Wight, en donde pasábamos dos semanas de adiestramiento militar bajo tiendas de campaña, nuestras vidas reguladas por los toques de clarín y agitadas por las maniobras de combate simulados contra los cuerpos de cadetes de las otras escuelas ubicadas en las inmediaciones.

Al entrar al St. John's College de Cambridge, en el otoño de 1931, Hitler ya era el dictador de Alemania y había echado a andar su programa de militarización del país; el prospecto de una renovada guerra europea era entonces una triste realidad. En breve me afilié a algo que se llamó el Movimiento Antigüerra, el cual organizó una marcha el 11 de noviembre para depositar una corona en el monumento conmemorativo de la guerra. La inscripción en la corona decía: "A las víctimas de la guerra imperialista, de parte de los que están decididos a impedir que haya otra". Como es natural, nos pasamos a la oposición. En esos días, el 11 de noviembre no era sólo un día de guardar, era asimismo una especie de ceremonia patriótica durante la cual los voluntarios vendían amapolas artificiales, semejantes a las de Flandes, con el fin de recabar fondos para los veteranos heridos y hospitalizados. Nuestra marcha desde el área central del colegio al monumento conmemorativo tuvo una amarga respuesta; no sólo se nos tundió con frutas y huevos adquiridos en las tiendas de abarrotes cercanas, también nos agredieron repetidamente unos golpeadores fornidos que trataron de romper nuestra columna. Aunque apaleados, llegamos al monumento y depositamos nuestra corona.

Esta manifestación, sin embargo, sólo era un síntoma del mal mayor que nos aquejaba; no sólo nos preocupaba la posibi-



lidad de la guerra sino también la situación económica y política que la producía. Y aún evitándose la guerra, vislumbrábamos un futuro yermo. ¿Qué sería de nosotros al cabo de tres años de estudio y de seguridad en la universidad? Inglaterra, como el resto del mundo, estaba en las profundidades de la Gran Depresión, que parecía haberse transformado en un estado permanente. Hasta los optimistas profesionales entre los sabios de la economía daban pocas esperanzas de recuperación. La Depresión fue un fenómeno más desalentador en Inglaterra que en Estados Unidos; el *New Deal* de Roosevelt no fue una panacea, pero al menos sí la evidencia de una preocupación oficial, mientras que el programa de austeridad del llamado Gobierno Nacional fue un desafiante manifiesto de indiferencia al malestar generalizado. En 1933 los números del desempleo en las islas británicas alcanzaron el tope histórico de tres millones (23% de todos los obreros asegurados); los beneficios de desempleo con los que tenían que vivir sus familias apenas servían para que no murieran de hambre con base en una dieta de pan y margarina, papas y té. Al rememorar esa época en 1966, Harold Macmillan —quien llegó a ser primer ministro pero que en la década de 1930 era un joven y conservador miembro del parlamento— recordó su convicción de que “se había desmoronado la estructura de la sociedad capitalista en su forma antigua [...] Acaso no sería capaz de sobrevivir sin un cambio radical [...] Se había desarrollado algo así como una situación revolucionaria”.

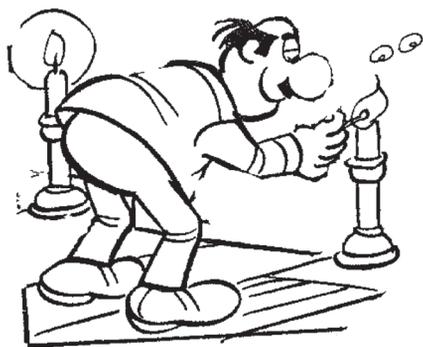
Pero no sólo la clase obrera encaraba el desempleo. Los egresados de la universidad, hasta la elite de Oxford y Cambridge —sobre todo aquellos con estudios imprácticos como literatura, filosofía y en particular (o tal vez deba decir peor que todos los demás) los que estudiaban los clásicos griegos y romanos tenían únicamente un camino: la enseñanza. Y para alguien como yo, con una calificación baja, eso significaba dar clases en escuelas de muchachos malcriados en barrios maltrechos, teniendo una comida que no se antoja y un salario miserable. Existía una agencia que te conseguía ese tipo de trabajos, tenía el dickensiano nombre de Gabbitas & Thring (Auden la parodió en uno de sus poemas como *Rabbitsarse and String*). A Evelyn Waugh le encontró un trabajo cuando salió de Oxford: una escuela que lo llevó a tal desesperación que decidió suicidarse. Se fue a la costa y empezó a nadar hacia el mar abierto, decidido a seguir hasta que se le agotara la fuerza y se ahogara. Pero se topó con un banco de medusas y regresó, para deleite de sus posteriores lectores a quienes expuso visiones hilarantes de esa escuela en sus novelas. Auden, también egresado de Oxford, terminó en una escuela de Escocia, en donde tuvo la misma dificultad para entender el dialecto de las

En 1933 los números del desempleo en las islas británicas alcanzaron el tope histórico de tres millones (23% de todos los obreros asegurados); los beneficios de desempleo con los que tenían que vivir sus familias apenas servían para que no murieran de hambre con base en una dieta de pan y margarina, papas y té.

tierras bajas de sus alumnos, que ellos para entender el balido de su acento culto de Oxford.

Una “situación revolucionaria”, dice MacMillan. Y estaba en lo cierto. Y como muchos de mi generación, ante lo que parecía el derrumbe del capitalismo, me volví hacia los textos que al parecer ofrecían una explicación a nuestro dilema, sobre todo a ese documento notable: *El manifiesto comunista* de Carlos Marx y Federico Engels, el cual celebra sus 150 años este mismo año. Muy pronto me convertí en un activo miembro del *Socialist Club*; el tiempo que invertí en sus actividades y en los estudios marxistas son la razón por la cual terminé con una nota baja. Al poco tiempo ya me pensaba como comunista. No es que la etiqueta significara mucho en Cambridge, que en esos días seguía siendo un mero pueblo universitario; no había fábricas, ni sindicatos, ni clase trabajadora salvo por los porteros, las criadas y los que trabajaban en la cocina del colegio. Nuestra actividad consistía principalmente en grupos de estudio marxistas, con alguna manifestación callejera ocasional. También íbamos a las reuniones del British Union of Fascists para echar bronca y que nos sacaran los golpeadores de las Camisas Negras. Existía, desde luego, como lo descubriríamos más adelante, un lado serio del comunismo en Cambridge: Philby, Burgess, Maclean y Blunt eran todos de Cambridge. Pero los dos primeros habían salido de ahí antes que yo llegara, y de los otros dos, al único que vi, aunque nunca hablé con él, fue a Maclean. Mi hermana sigue sin hacerme caso de que me devuelva una fotografía que alguna vez le presté; muestra una manifestación en Cambridge en la que los estudiantes llevan pancartas expresando “Becas sí, acorazados no”. En uno de los flancos de la manifestación aparecen dos de los organizadores que gritan consignas para que las repitan los manifestantes. Uno de ellos es Donald Maclean y el otro soy yo. En el reverso de la foto escribí mi hermana: “Bernard estudiando letras clásicas en Cambridge”.

Mientras tanto, con el dinero que ahorraba de mi beca, había estado pasando todas mis vacaciones en París, viviendo en hoteles baratos en la ribera izquierda, ahondando el conocimiento de la lengua francesa que adquirí de un brillante maestro en mi escuela en Londres, haciendo amigos entre los estudiantes franceses y hasta participando en manifestaciones contra los programas del gobierno. Pues en Francia, como en Inglaterra, *la crise*, como ellos la llamaban, seguía destrozando la economía, y, como en Inglaterra, un movimiento fascista, *Les Croix de Feu* (las Cruces de Fuego), había hecho su debut. Una de sus manifestaciones provocó disturbios que produjeron quince muertes y mil heridos. La amenaza de un golpe de Estado fascista unió a los partidos comunista y socialista de Francia con los liberales en un Front Populaire (Frente Popular), el cual



obtuvo una victoria contundente en las elecciones de 1936. Por primera vez desde el inicio de la duradera Depresión, un gobierno se propuso revertir algunas de las injusticias del sistema; se introdujeron reformas muy postergadas: la semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas. Y se prohibieron las organizaciones fascistas. Por primera vez un gobierno occidental rompió el esquema de austeridad y represión.

Fue un momento de júbilo y esperanza, aunque no duró mucho. El capital francés reaccionó saliéndose del país y mientras tanto, el recientemente electo gobierno español del Frente Popular se vio desafiado por una revuelta militar. Las grandes manifestaciones que coreaban en Francia la exigencia popular “Des canons pour l’Espagne”, “Des avions pour l’Espagne” (“Cañones para España”, “Aviones para España”), así como el interés nacional, se expresaron claramente en favor de la solicitud del gobierno español para comprar armas, pero el premier francés, Léon Blum, presionado por Londres, acordó sumarse al Pacto de No Intervención, aunque Alemania e Italia abastecían abiertamente a los rebeldes.

En septiembre recibí carta de mi amigo John Cornford, el líder del movimiento comunista en Cambridge, quien acababa de volver de España, en donde había luchado durante unas cuantas semanas en el frente de Aragón, en una columna organizada por el Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM, un partido que luego sería suprimido por ser demasiado revolucionario. Cornford había regresado a Inglaterra a reclutar una pequeña unidad británica que diera ejemplo de entrenamiento y disciplina (y afeitadas) a las milicias anarquistas que operaban en las afueras de Barcelona. Me pedía que me sumara y lo hice sin dudar.

De la política y la historia de España no sabía más que mis paisanos, es decir, sabía poco. Había leído (en traducción) gran parte (aunque no todo) del *Quijote* y había visto reproducciones de las grandes pinturas de Velázquez y Goya. Sabía que Felipe II se había casado con una reina inglesa (María) y que al morir ella, reclamó el trono de Inglaterra, pero que lo derrotaron cuando en 1588 envió una gran Armada a invadir Inglaterra e imponer su reclamo. Sabía que el duque de Wellington había realizado una larga y ardua campaña contra los ejércitos napoleónicos en Portugal y España, y que “guerrilla” (que se habría de convertir en mi especialidad durante la Segunda Guerra Mundial) era una palabra española. Pero no entendía realmente la complicada situación que había producido la revuelta militar de julio de 1936. Lo que sí comprendía era que Franco contaba con todo el apoyo de Hitler y Mussolini. De hecho, ese respaldo había sido decisivo al comienzo de la guerra. El golpe militar había fracasado en Madrid y en Barcelona, las principales ciudades de



España. Las mejores tropas de Franco —la Legión Extranjera y los Regulares (mercenarios moros reclutados para luchar contra su propia gente)— estaban varados en Marruecos, toda vez que la marina española se había declarado en favor de la República. Los aviones y pilotos de la Luftwaffe y de la fuerza aérea italiana, en la primera operación militar aérea de la historia, habían transportado a unos 8 000 soldados hasta Sevilla (el cuartel de Franco) para el avance hacia Madrid.

Y eso fue todo lo que necesité para decidirme. Pocos días después salí hacia París, con una docena o algo así de voluntarios reunidos por John. Iban tres estudiantes graduados de Cambridge y uno de Oxford (una estadística de la que siempre me he sentido orgulloso), así como otro de la Universidad de Londres. Iba un artista alemán refugiado que había estado viviendo en Londres, dos veteranos del ejército británico y uno de la marina, un novelista proletario y dos obreros desempleados. Antes de irnos, acompañé a John a visitar a su padre en Cambridge; era el distinguido especialista de los griegos, Francis MacDonald Cornford, autor de libros brillantes sobre la comedia ática, Tucídides y la filosofía griega, y sobre Platón. Él había formado filas como oficial durante la Gran Guerra y aún conservaba la pistola que había tenido que comprar cuando se equipó para ir a Francia. Se la dio a John y yo la tuve que meter a escondidas en la aduana francesa en Dieppe, pues el pasaporte de John mostraba sellos de entrada y salida de Port-Bou y muy probablemente revisarían minuciosamente su equipaje.

Ya en París, fuimos al Comité d'Entraide au Puple Espagnol y ahí fue en donde se abandonó el plan de John respecto a una pequeña unidad en el frente de Aragón. Nos enviaron a un hotel en Belleville, una sección obrera de París, en donde nos vimos como una pequeña gota inglesa en un mar de amplios grupos nacionales franceses, polacos, belgas, alemanes, italianos, todos rumbo a España. A la mañana siguiente salimos en tren hacia Marsella en donde, por la noche, subimos a bordo de una embarcación española que zarpó a la medianoche y, una vez que se perdió de vista la bahía, apagó todas las luces pues había informes de que merodeaban submarinos italianos. Pero llegamos bien a nuestro destino, Alicante, y al navegar al final de la tarde hacia el puerto, nos topamos con que estaba lleno de embarcaciones extranjeras, todas, presumiblemente, para imponer el Pacto de No Intervención, el cual, por cierto, no se aplicaba a la importación de humanos. Conforme nos acercábamos, un destructor británico se interpuso en nuestro camino enviándonos con su lámpara de señales un mensaje en clave Morse. “Nos dicen que mostremos nuestra bandera”, dijo uno de nuestros marinos, y desde luego, unos minutos después, dos miembros de la tripulación, de barba negra y con pañoletas de colores bri-



llantes, subieron al puente con una bandera que se pusieron a izar. Esta consistía de dos triángulos, uno negro, uno rojo. El capitán del destructor debió buscar en vano en su libro de banderas: eran los colores de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica.

De Alicante partimos en tren; en todas las estaciones la multitud agitaba los puños cerrados y nos gritó vivas hasta Albacete, en donde se nos hospedó en las que habían sido las barracas de la guardia civil. Nuestra sección británica fue asignada al Batallón Francés (sobre todo, supongo, porque yo podía servir de intérprete), en donde terminamos en la *compagnie mitrailleuse*, la compañía de las ametralladoras. Pero el resto de septiembre y todo octubre no tuvimos ametralladoras, ni siquiera rifles; la única arma que había por ahí era la pistola de John, que llevaba bien envuelta. Como no podíamos entrenar sin armas, los días se nos iban practicando marchas (francesas, inglesas o a veces españolas) y realizando marchas de camino por las veredas polvorientas de la provincia de Murcia. Nadie sabía cuándo o a dónde nos enviarían a pelear, ni cuando (si acaso) llegarían las armas, aunque los rumores que circulaban decían que nos tenían en reserva para realizar un movimiento lateral vía Ciudad Real que atacaría a Franco, el cual entonces avanzaba consistentemente hacia Madrid, por la retaguardia.

De octubre a noviembre los hechos de pronto se desarrollaron tan rápido que apenas logramos entender lo que estaba sucediendo. Una noche, ya tarde, se nos alertó repentinamente y marchamos hacia los patios del ferrocarril, donde se estaban descargando enormes cajas de madera. Nos dieron herramienta para abrirlas; al fin habían llegado nuestras armas.

En las cajas había sellos y etiquetas de embarque y marcas que mostraban que habían hecho el recorrido de los mercados internacionales de armas; algunos estaban en árabe y una caja estaba marcada con las letras IRA. Contenían rifles estadounidenses '03 Springfields, el rifle que usaron los *Doughboys* en la Gran Guerra, y, al fin, nuestras ametralladoras. Fueron una gran decepción: modelos antiguos que incluían un alto asiento de bicicleta para el artillero, trampas suicidas en realidad; nadie sabía, ni siquiera los franceses, qué eran (aunque las cajas traían sellos franceses), hasta que el más viejo de nuestros voluntarios franceses, un patriarca conocido como *grand-père*, las identificó como St. Etiennes, un arma que se declaró obsoleta en las primeras semanas de la guerra de 1914. Debían ser reliquias de la guerra de 1870.

Pero fue con estas piezas de museo que el 6 de noviembre salimos en camiones descubiertos, no para Ciudad Real, sino para Madrid, en donde se iba a ganar o a perder la guerra. Las tropas de Franco habían roto las defensas de Madrid en los sec-

Como no podíamos entrenar sin armas, los días se nos iban practicando marchas (francesas, inglesas o a veces españolas) y realizando marchas de camino por las veredas polvorientas de la provincia de Murcia.

Éramos tres brigadas —francesa, alemana y polaca— las que integrábamos la primera, que se llamó oficialmente la Decimoprimera Brigada (Internacional).

tores poniente y norponiente; el gobierno se había ido a Valencia y la opinión internacional era unánime en cuanto a que caería Madrid. (Un periódico de París de hecho publicó una fotografía falsa del Generalísimo a caballo en la Puerta del Sol.) La caída de Madrid con seguridad iría seguida del reconocimiento británico de Franco como el gobernante legítimo de España y, aunque reacio, el del gobierno francés.

El 7 de noviembre, aniversario de la Revolución Bolchevique, llegamos a las afueras del oriente de Madrid. Eso lo señaló en un discurso el comisario político de la brigada, Nicoletti, quien nos instó en un francés con acento italiano y con gestos enfáticos a luchar hasta el último hombre en la defensa de Madrid y nos dio la contraseña para la noche: “Madrid será la tumba del fascismo”. Mucho me impresionaron sus gestos y sobre todo su hábito de alzar la barbilla al soltar una aseveración especialmente desafiante; en esa pose se parecía muchísimo a Benito Mussolini. Más adelante me enteré que Nicoletti (que en realidad se llamaba DiVittorio) había sido una persona muy cercana a Mussolini cuando ambos eran socialistas, antes de que Italia entrara a la Gran Guerra. Esa noche nos subieron a un tren que rodeó Madrid hasta la Estación del Norte, y de ahí partimos por la mañana, en nuestra famosa marcha a través de Madrid hacia el frente de Ciudad Universitaria, cargando nuestras inútiles ametralladoras. Éramos tres brigadas —francesa, alemana y polaca— las que integrábamos la primera, que se llamó oficialmente la Decimoprimera Brigada (Internacional). Llegamos a un edificio llamado Filosofía y Letras, en donde, mientras aguardábamos órdenes en el descampado, recibimos nuestro bautizo de fuego —prodigado por un avión italiano y el fuego de la artillería de los cañoneros alemanes— antes de movernos hacia el edificio y tomar posiciones de cara a los edificios que tenía el enemigo, dominados por el Hospital Clínico en su colina, desde donde los francotiradores moros nos buscaban las gargantas. Fue ahí, mientras tratábamos desesperadamente de colocar nuestras antiguas armas (parecían funcionar por medio de un complejo juego de resortes), que se nos dio la orden de atención; un general acababa de llegar. Se llamaba Kebler, nos dijo en inglés, el cual hablaba con un acento transatlántico (acaso canadiense). En realidad se llamaba Stern y era húngaro, pero Kebler era un *nom de guerre* apropiado. Jean Baptiste Kebler fue uno de los generales revolucionarios franceses que en la década de 1790 detuvo la invasión austriaca de Francia. Nos preguntó si nos gustaban nuestras armas y le dijimos sin ambages lo que pensábamos de ellas. Nos preguntó si las Lewis nos servirían, y al día siguiente tuvimos dos Lewis. Eran armas que conocíamos y no las dejamos de disparar durante la siguiente semana cada vez que los fascistas atacaban.

En esos primeros días tuvimos nuestras primeras bajas. Se envió a un equipo por delante a una posición avanzada, pero durante la noche la arrasaron las tropas moras, según nos enteramos por el único hombre que volvió. Uno de los muertos fue Maclaurin, un egresado de Cambridge como John y yo. Mientras tanto, la vida en Filosofía y Letras no era una cura de sueño. Habíamos destrozado los anchos ventanales en el edificio de estilo estadounidense (los pedazos de vidrio pueden hacer el mismo daño que las balas o esquirlas que los hacen salir volando) y el frío invernal de Madrid (que nos sorprendió a los nortños como nosotros a quienes nos había alimentado la propaganda turística sobre la soleada España) trasminaba nuestros cuerpos a pesar de las cobijas que nos enrollábamos en la cintura. Los francotiradores, mientras tanto, nos obligaban a arrastrarnos por el suelo cuando teníamos que movernos, hasta que una noche levantamos, en los amplios ventanales, una barricada lo suficientemente alta que nos permitió caminar derechos sin ofrecerles un blanco. La barricada estaba hecha de libros de la biblioteca del edificio; tomamos los libros más gruesos y altos que nos encontramos; uno de ellos, me acuerdo, era una enciclopedia de mitología y religión hindúes. Más adelante descubrimos, luego de escuchar cómo se encajaban las balas en los libros, que en promedio penetraban como hasta la página 350; a partir de ese hallazgo tiendo a creer, como no lo hacía antes, esas historias de soldados que salvaron la vida por la Biblia que llevaban en la bolsa del lado izquierdo.

Más adelante nos sacaron del edificio y marchamos de noche a las inmediaciones de un pueblo llamado Aravaca, en donde vimos por primera vez al comandante de nuestro batallón, el coronel Dumont, vestido con elegante uniforme de oficial y kepí francés. (Más adelante lo fusilarían los alemanes por su actividad en la resistencia francesa.) En Aravaca apoyábamos un ataque del batallón polaco; nos sentamos en las trincheras bajo el bombardeo y ayudamos a llegar a la estación a los sobrevivientes heridos del fallido ataque. Al rato estábamos en el camino de regreso a la Ciudad Universitaria, en donde algunos edificios, atacados en nuestra ausencia, habían sido capturados de nuevo. Después pasamos algún tiempo en la Casa de Campo, incapaces de dormir en la noche por miedo a las patrullas moras que realizaban su mortal obra de manera rápida y silenciosa. Luego regresamos a nuestra vieja casa, Filosofía y Letras, en donde John resultó herido por una granada que estalló adentro de nuestra habitación; durante la siguiente semana o algo así usó una venda blanca en lo alto de la cabeza que, de lejos, lo hacía verse como un soldado moro.

En este punto, en algún momento de diciembre (habíamos perdido la cuenta de los días), nos dieron licencia en Madrid.



Nos fuimos a sentar a los cafés y bebimos interminables cafés con leche (la comida escaseaba, pero el café al parecer abundaba) y fuimos al cine, en donde vimos una película rusa, *Chapayev*, en la que los partisanos rusos de la guerra civil rusa estaban armados con ametralladoras pesadas. Eran las *maxims* que se enfrían con agua, montadas sobre una carreta de acero pesado, con un escudo de metal para proteger al artillero. Eran exactamente las armas que ahora estábamos usando (en algún momento de noviembre cambiamos nuestras Lewis por éstas), pero en la película los partisanos las arrastraban por medio de partidas de caballos, mientras que nosotros las habíamos jalado por los baches y hoyos de la Casa de Campo y de arriba abajo por las escaleras de Filosofía y Letras con nuestras propias manos semicongeladas.

Nuestra licencia concluyó repentinamente con una voz de alarma; nos treparon de nuevo a los camiones abiertos rusos y nos llevaron al noroeste de Madrid a un pequeño pueblo de nombre Boadilla del Monte, en donde por primera vez nos encontramos con la sección inglesa, que tenía casi el mismo tamaño que la nuestra, en el Batallón Alemán de la Decimosegunda Brigada, el cual había arribado a Madrid unos días después que nosotros. Pero apenas tuvimos tiempo para celebrarlo. El enemigo, estancado en el sector occidental, había lanzado una ofensiva para superar al ejército republicano, cortar el camino principal al noroeste y tal vez atacar la ciudad desde el norte. Plantamos nuestras dos ametralladoras a la entrada del pueblo y esperamos a que amaneciera.

Con la luz vino el retumbar de la artillería y ahí cerca el sonido desgarrador del tiroteo de las ametralladoras y en breve tuvimos a los milicianos enfrente de nosotros en franca retirada. Venían hacia Boadilla y hacia el camino principal; nuestras órdenes eran cubrirles la retirada y mantener nuestra posición hasta nueva orden. Al poco tiempo llegó la orden de retirarnos; lo hicimos por secciones, una cubriendo a la otra con disparos al retroceder. Cuando se retiraba nuestra sección, arrastrando la ametralladora, sentí un golpe brutal y un dolor quemante en el cuello y el hombro derecho y caí al suelo de espaldas brotándome sangre como una fuente. John regresó, con David, nuestro oxoniano que había estudiado medicina. Le oí decir: “No puedo hacerle nada”, y John se reclinó y dijo “Dios te bendiga, Bernard” y se fue. Tenían que irse, tenían que colocar la ametralladora y cubrir la retirada del otro equipo. Y estaban seguros de que yo me estaba muriendo. Y lo estaba. Conforme seguía brotando la sangre pude sentir cómo se iba rápidamente mi conciencia.

Desde entonces he leído numerosos relatos de personas que, como yo, estaban seguras de que morirían pero que sobrevivie-



ron. Muchas mencionan la sensación de una paz celestial, otras visiones de ángeles que les dan la bienvenida al cielo. Yo no tuve ni esos sentimientos ni esas visiones; me consumía la ira, una ira furiosa, violenta. ¿Por qué yo? Apenas tenía 21 años y acababa de empezar a vivir mi vida. ¿Por qué tenía que morir? Era injusto. Y mientras todo mi ser se precipitaba hacia la nada yo maldecía. Maldije a Dios y al mundo y a todos mientras caía la noche.

Muchos años después, cuando regresé al estudio de los antiguos clásicos, descubrí que mi reacción no era anormal. En *La Iliada* de Homero, que sigue siendo el más grande de los libros de guerra, así es como mueren los jóvenes. Héctor, por ejemplo: “el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven”. Y el Turnus de Virgilio sigue el mismo camino: *vita que cum gomitu fugit indignata sub umbras*: “se le escapa la vida con un gemido, furioso, a las sombras”. “*Indignata. Quia iuvenis erat*”, explicaba el gran comentarista virgiliano, Servio: “Furioso. Porque era joven”.

Algún tiempo después —nunca sabré cuánto— la sangre ya no fluía, nada más se permeaba. Atarantado, me puse de pie y me retiré entre las casas abandonadas de Boadilla del Monte hasta dar con el camino a Majadahonda, en donde encontré en posición a la sección de mi ametralladora a las afueras de un pequeño bosque. Mis amigos se quedaron sin habla al verme pero no me podían ayudar; no había ambulancias a la mano y tuve que caminar las largas millas a Las Rozas en donde había una estación de ayuda. (Unos aviones italianos la bombardearon, a pesar de la Cruz Roja que le pintaron en el techo, al poco tiempo que me fui de ahí esa tarde.) Me sacaron con otros tres heridos ambulantes en un carro que conducía un tipo que se perdió una y otra vez: nunca antes había estado en Madrid. Cada vez que metía el freno tras dar una vuelta equivocada, todos gritábamos de dolor. Por fin dimos con el hospital de las brigadas. Era el majestuoso Hotel Palace, en donde varias veces me he quedado después de esa vez, siempre evocando el recuerdo de su apariencia en esa época: rifles depositados en donde hoy la gente deja sombreros y abrigos, y guardias armados en todos los accesos (hospedaba a las misiones militares rusas así como a los heridos de las brigadas).

Ahí me hospedé varias semanas. Los doctores temían que tuviera una hemorragia; de hecho estaban sorprendidos de que no me hubiera dado una en el largo trayecto a Las Rozas. Durante las dos primeras semanas se me hizo guardar cama. Cuando el doctor realizaba sus rondas, si llevaba con él a algunos de sus estudiantes internos, les mostraba las heridas de entrada y salida y les decía: “Díganme ustedes todo lo que la bala no atravesó y que habría matado a este hombre”. Al parecer eran muchas cosas. Más adelante un especialista inglés me dijo que la bala



Cuando ella volvió le pregunté en dónde se había hecho enfermera. “No soy enfermera”, dijo con orgullo, “soy una Voluntaria de la Libertad”.

debió haber estado en la última parte de su trayectoria por lo que siguió el camino del menor esfuerzo. Pero dijo: “Tuvo suerte usted de tener tan buena sangre. Las carótidas perforadas por lo general no sanan tan rápido y tan bien”.

Tenía una enfermera profesional —eran raras, pues las enfermeras por lo común habían estado en alguna orden religiosa y la mayoría estaban en el otro bando— pero también una asistente más joven que a todas luces era novata, pero con disposición a entender mi mal español, a diferencia de la enfermera, que siempre estaba frenéticamente atareada. Luego de limpiarme y pasar el día conmigo siempre me echaba un vistazo, me ponía la mano en la frente y luego se iba detrás de la cama en donde hacía algún apunte, según entendía yo pues volvía con un lápiz en la mano. Yo no podía girar el cuello lo suficiente para ver lo que ella hacía —la herida dolía mucho cuando se la presionaba— pero al fin lo pude hacer, y vi, para mi sorpresa, una gráfica de la fiebre. Nunca había visto una así: tenía los más impresionantes *zigzags* hacia arriba y abajo, sugiriendo que el paciente había muerto varias veces durante las últimas semanas de hipotermia o con la sangre hirviendo. Cuando ella volvió le pregunté en dónde se había hecho enfermera. “No soy enfermera”, dijo con orgullo, “soy una Voluntaria de la Libertad”. Le pregunté dónde había aprendido a tomar la temperatura de los pacientes y contestó, con una dulce sonrisa, “en las películas americanas”.

Al comienzo de mi estancia en el hospital me vino a ver John. Con lo que quedaba de nuestro grupo original, se dirigía a Albacete a sumarse al Batallón Británico que entonces se estaba organizando. Nuestro artista alemán refugiado también había resultado muy mal herido en Boadilla, una herida en la parte alta del muslo que le impedía caminar, y a John lo mataron una semana después en Lopera en el sur. A Freddie Jones lo mataron en Aravaca y a Paddy Burke, el actor, lo mataron unas semanas después.

Mientras tanto, los doctores del hospital me decían que tendría que ir a otro lugar para tratarme el daño muscular o nervioso que inhibía el uso de mi brazo derecho; de hecho me recomendaban que me fuera a casa. Y la noticia de la muerte de John, que recibí en la base de Albacete, decidió por mí este tema. Volví a Inglaterra, en donde en efecto conseguí un tratamiento especializado. Pero en el camino de Madrid a Albacete vi algo muy estimulante. En determinado punto paramos para que pasara el tren. En el traqueteo de su paso vi a hombres que nos saludaban con el puño en alto; evidentemente, eran refuerzos para Madrid. Cuando pasaba el vagón de pasajeros observé que traía una larga manta blanca en la que se leía: AQUÍ VIENEN LOS YANQUIS. Era un contingente de la Brigada Lincoln rumbo al frente.

Ya en casa, atestigüé con el mayor abatimiento la manera en la que el gobierno británico persistía en su programa de pacificación y el prospecto de la victoria en España retrocedía rápidamente, en tanto que Hitler y Mussolini le daban a Franco una preponderancia cada vez mayor en armas y tropa. La traición de Munich en 1938 me lanzó a la desesperación; a mí me parecía que Chamberlain y su siniestro secretario del exterior, Halifax, pretendían convertir a Inglaterra en un socio menor del Tercer Reich de Hitler. Un encuentro con una joven estadounidense —a quien había conocido en Cambridge algunos años antes pero de la que entonces me enamoré— cambió mi vida, nada menos porque tras lo de Munich, ella cedió ante la ansiosa insistencia de sus padres de que volviera a su país; me convenció de solicitar una visa de migración, de irme a Estados Unidos y casarme con ella, lo cual hice a principios de 1939.

Entre tanto yo había dejado de pensar en mí como comunista. El pacto nazi-soviético de 1939 era entendible; la traición occidental de Checoslovaquia era una clara señal para Stalin de que si Hitler se volvía contra Rusia (como anunció reiteradamente que lo haría en su libro *Mein Kampf*), Occidente no levantaría un dedo para ayudarlo. Pero la brutal anexión de los estados bálticos y aún más la agresiva guerra contra Finlandia costaba muchísimo aceptarlas. Asimismo me impresionaron, además, los juicios montados de los viejos bolcheviques, Bujarin y los otros; leí las transcripciones de sus llamadas confesiones, publicadas por Moscú en inglés y al alcance de la mano en las librerías de izquierda en Londres. Yo estaba impresionado. Estos relatos de reclutamiento de parte del servicio secreto británico en los primeros días de la Revolución y toda una vida de espionaje y sabotajes eran de no creerse; sólo podían ser el producto del miedo y tal vez de la experiencia de la tortura. Y también me enfermaban los informes, luego confirmados, de que a nuestro general Kleber, cuya frialdad bajo el fuego en Ciudad Universitaria nos habían enseñado cómo enfrentar el peligro, lo habían llamado de Rusia y lo habían ejecutado. La lealtad a los ideales por los que mis amigos habían muerto en España la socavaron las tristes realidades que para mí ya no era posible ignorar. Cuando llegué a Estados Unidos no me afilié a ningún partido y aunque seguí siendo un defensor a ultranza de la causa de la libertad en España, me abstuve de la actividad política.

Cuando al fin estalló la guerra en 1939 bien se le llamó la “phony war”: nada pasaba en Occidente mientras Polonia se hundía. Cuando ese algo pasó y Hitler sacó al ejército británico de Francia, estuve tentado de volver pero me di cuenta que le debía más a mi esposa (quien había trabajado como una troyana para que me admitieran en Estados Unidos), que al gobierno que había hecho que esta derrota fuera inevitable. También



tenía la sensación de que Estados Unidos tarde o temprano se metería y que yo podría luchar en el uniforme del país que ya empezaba a querer.

Al suceder todo eso, de algún modo me salvé de la discriminación que canceló las carreras militares de tantos veteranos estadounidenses de las Brigadas. La única vez que emergió esa posibilidad fue en uno de los numerosos exámenes médicos a los que me sometí como recluta. El doctor vio la cicatriz en mi garganta. “Parece una herida de bala”, dijo. Le dije que lo era y me preguntó cómo me la había hecho. “Y no me diga”, añadió, “fue un accidente de cacería, o estaba limpiando su rifle cuando de pronto se disparó”. De modo que le dije que había luchado en España. “¿De qué lado estaba usted?”, preguntó, y le respondí, indignado, “Del lado del gobierno, desde luego”. Su cara se transformó en una máscara. “Usted se refiere a los malditos rojos”, dijo. No contesté, pues me dio la vuelta para ver la cicatriz de salida. Luego dijo: “Está bien, pase al siguiente gabinete”, y cuando me iba dijo, “Por poco se lo cargan a usted, ¿no?” Pero este incidente no tuvo consecuencias y más adelante me seleccionaron como candidato para la Escuela de Oficiales y me comisionaron. En su momento luché en Europa en una fuerza especial organizada por la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense, la Dirección de Operaciones Especiales Británica y Francia Libre, para coordinar la acción de las fuerzas de la resistencia francesa con el avance de los ejércitos aliados. Asimismo, la Oficina de Servicios Estratégicos fue la que luego me envió al norte de Italia a trabajar con grandes formaciones de partisanos que operaban en nuestro lado de las líneas, pero en áreas montañosas en las que no se podía usar el equipo pesado de Estados Unidos. La Oficina de Servicios Estratégicos también les dio oportunidad de usar sus habilidades a muchos estadounidenses que habían luchado en las Brigadas. Al general Donovan no le importaban cuáles eran o podían haber sido las opiniones políticas de alguien, en tanto que estuviera dispuesto a pelear, así que hubo muchos exbrigadistas que en Italia realizaron un trabajo peligroso y efectivo entre las líneas y detrás de ellas.

También en Italia tuve un repentino recordatorio de España. Discutía las operaciones con el personal de la Divisione Modena, una amplia formación de partisanos, y a veces metía mi nuevo italiano en mi semiolvidado español, diciendo *fuego* en lugar de *fuoco*, por ejemplo, y *frente* en vez de *fronte*. De pronto, luego de una pifia de ésas, el comandante de la división se paró, sonriendo, caminó hacia mí y me dio una palmada en el hombro. “*Spagna, ¿no?*” dijo. Él había estado en el Battaglione Garibaldi que había luchado junto a nosotros en la Casa de Campo. En adelante no hubo ningún problema en la relación con los partisanos.



Claro que nunca olvidé a España. No sólo volví muchas veces después de la Segunda Guerra Mundial: mi pasaporte estadounidense no tenía, como sí el británico, una salida de España en 1937 y ninguna entrada. No sólo iba a ver la España que no pude visitar durante la guerra —Sevilla, Granada, Burgos, Córdoba— sino también a estar otra vez en los lugares en los que luché. Boadilla se veía igual, pero Ciudad Universitaria había sido remodelada de tal manera que me costó trabajo reconstruir mis pasos. Una vez, cuando Franco aún gobernaba, me hice notorio en mi búsqueda del pasado. Estaba en el Museo del Ejército, un museo espléndido que pasan por alto casi todos los turistas; ellos se lo pierden, pues guarda numerosos tesoros, por ejemplo la tienda de seda que usó Carlos V durante su campaña en Marruecos y un tratamiento de la guerra entre España y Estados Unidos que no muestra al Maine ni a los *Rough Riders* de Roosevelt. En esa época tenía una maqueta (me pregunto si aún existe) de Ciudad Universitaria tal y como era en noviembre de 1936. Ahí estaban Filosofía y Letras, el Hospital Clínico en lo alto de la colina, los detalles exactos. Tanto tiempo le di de vueltas, que llegaron a la sala dos guardias y me miraron y de pronto entendí que allí llevaba una hora. Vi mi reloj, musité un saludo y me fui de prisa.

También adquirí y leí lo que ahora ya es una amplia biblioteca sobre la guerra, incluidos dos libros: *La marcha sobre Madrid* y *La lucha en torno a Madrid* del coronel José Manuel Martínez Bande, los cuales, con sus fotos y planos, por fin me explicaron dónde estuve exactamente y lo que hice. Pero no porque necesitara realmente que me lo recordaran. Soy uno de esos que, en la frase de Herbert Matthew, “fueron a España y dejaron ahí su corazón”. Y el poeta de la Brigada Lincoln, Edwin Rolfe, habló por todos nosotros al escribir, mientras se adiestraba en Texas para la siguiente guerra, su encantador poema, “Primer amor”:

Ansioso por entrar en ella, ansioso por terminarla.
Aunque mi corazón es un eterno cautivo
de esa otra guerra
que me enseñó el sentido original
de la paz y la camaradería.

Y todos guardamos recuerdos que a veces son capaces de sacarnos una lágrima en un arranque de tristeza y exaltación. Como a Rolfe:

y siempre pienso en mi amigo
que en medio de la aparición de las bombas
contempló en el lírico estanque
el solo cisne perfecto.



